

Un héroe en mi familia

Nueve relatos escritos
por niñas y niños
que nos hacen pensar
en la importancia
de sentirnos en familia



**Comunidad
de Madrid**



Esta versión forma parte de la Biblioteca Virtual de la **Comunidad de Madrid** y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma.



www.madrid.org/publicamadrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor
C/ Gran Vía, 14
28013 Madrid

@ Texto: I Concurso de Relatos “La familia cuenta”

@ Ilustraciones: Álvaro Ortiz

@ Comunidad de Madrid

Imprime: B.O.C.M.

Tirada: 5.000

Edición: Reimpresión 2016

Depósito legal: M-46544-2005

Impreso en España – Printed in Spain

UN HÉROE EN MI FAMILIA

I Concurso de relatos



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor

La familia cuenta... para todo

Autora: Beatriz Velayos Amo

Curso: 6º primaria

Colegio: Arcángel

Localidad: Madrid

Sandra miró por la ventana, aburrida. Llevaban dos agotadoras horas de viaje para ir al pueblo, como todos los sábados. Ella era muy capaz de aguantar hasta cinco horas de viaje ininterrumpido, pero su hermano Juan... Sólo tenía doce años, pero a pesar de todo se comportaba como un niño pequeño. Él no lo hacía aposta, no es que fuese un malcriado, o que se llevaran mal y ella

lo viese como un niño... Juan tenía síndrome de Down. Sandra le quería mucho, se ocupaba de que tuviese amigos, de que quedase con ellos, de que fuese invitado a fiestas de cumpleaños, de que tuviese una vida. A sus catorce años de edad, a veces le resultaba muy duro mantener el ocio de Juan y el suyo propio, pero la sonrisa con la que su hermano volvía de las fiestas o de las casas de sus amigos era suficiente para convencerla de que debía seguir haciéndolo. Ahora estaba dormido, pero se despertó cuando llegaron al pueblo. Allí acudieron a recibirles todos los amigos de Sandra, que también saludaron a Juan como si fuese uno más en la pandilla, porque su hermana siempre se lo llevaba a todas las movidas que podía: a la piscina, al cine por la noche, a alguna "fiestuqui" que montase el ayuntamiento... a todo. Sus amigos comprendían el problema de Juan, y ayudaban a Sandra a que no se quedase fuera de nada -o de nada de lo que él quisiese-, y ella se lo agradecía sinceramente, porque ellos la ayudaban un montón. Cuando terminaron de cenar, su amigo Sebi, de

Sebastián, la llamó:

- Hoy teníamos el plan de jugar al escondite por el pueblo, que el alcalde ha dicho que apaga todas las luces menos las de la plaza. ¿Qué dices? –dijo Sebi.

- De acuerdo- dijo Sandra –pero... es muy tarde. Seguro que no dejan salir a Juan.

- Oye Sandra, ¿hace cuánto que no sales tú sola a divertirme, sin Juan, sin preocuparte por él? Piensa por una vez en ti. Hace un montón que no sales sola con nosotros. Vente sin él, por favor.

- Bueno... -a Sandra le sabía muy mal dejar plantado así a Juan, pero era verdad que desde hacía mucho tiempo no se divertía a su modo- De acuerdo. Se lo diré a mis padres. Espera. En quince minutos, en mi puerta.

Sandra fue al salón, donde sus padres miraban la tele.

- Papá, mamá ¿puedo ir con mis amigos a jugar al escondite por el pueblo? El alcalde ha apagado casi todas las luces y...

- De acuerdo hija, pero no vuelvas muy tarde, que a Juan le sienta muy mal dormir poco.

- No mamá, es que no me voy a llevar a Juan... -dijo Sandra mirándose a los pies.

- ¿Cómo que no te vas a llevar a Juan? -dijo su madre incorporándose.

- Pues eso, mamá, que no me voy a llevar a Juan. Hace mucho tiempo que no salgo yo sola con mis amigos, a mi aire, sin preocuparme por nada que no sea yo...

- Déjala, Marisa, es verdad, déjala que se divierta sola. De todas formas, Juan está muy cansado y se va a ir a acostar ahora mismo, no se va a enterar- intercedió Ramón, el padre de Sandra.

- Bueno, de acuerdo. Acuéstale, y vete, pero que no se



entere de nada- dijo la madre, volviéndose a sentar.

- ¡Gracias!- dijo Sandra, muy contenta- No sé a qué hora volveré, te llamo si me retraso.

Fue al cuarto de Juan, en el que su hermano se estaba cambiando, y esperaba a que lo acostase.

- Venga, Juan- dijo ella- Vamos a acostarnos.

- ¿Y tú?- preguntó extrañado

- Yo me quedo un rato a ver la tele- dijo mientras le metía en la cama- Cuando yo me acueste, tú ya estarás dormido

- Ah, bueno- dijo, arrebujándose en las sábanas- “Bonas” noches.

- Buenas noches- respondió su hermana, dándole un beso- que duermas bien.

Salió corriendo y se reunió rápidamente con sus amigos, que la esperaban en la puerta, creyendo que Juan no se había enterado de nada.

Sin embargo, Juan sí que se enteró. Sandra no había contado con que su hermano se solía levantar a pedirle agua, por lo que, cuando fue al salón a pedirle agua, Juan se encontró con que su hermana no estaba y con que le

había mentido, por lo que gritó:

- Mamá ¿"dóde" tá" Sandra? "Quero" que me dé "abua".

- Es que estaba muy cansada y se ha dormido pronto. Yo te la doy- dijo la madre que, presintiendo el peligro inminente, se levantó y le cogió la mano.

- No, "quero" que me la dé ella- dijo, desprendiéndose de su madre y corriendo hacia la habitación de su hermana. La madre lo siguió y le atrapó al lado de la puerta del cuarto, y le dijo muy bajito, como si Sandra estuviese allí, durmiendo:

- No la despiertes, Juan. Ven, que yo te doy agua- y tiró de la mano de su hijo.

- No, no, mamá, no le "emporta"-dijo Juan, desprendiéndose por segunda vez de ella, y entrando en la habitación como una tromba. Se paró en seco cuando vio que la cama estaba vacía. Se volvió hacia su madre y dijo con un hilo de voz -¿Y Sandra?

- Hijo- Marisa percibía que Juan estaba a punto de echarse a llorar, por lo que le cogió de la mano y le sentó en la cama, sentándose ella a su lado- Sandra se ha ido a

jugar un rato con sus amigos, por el pueblo.

- ¿"Po" qué no me lleva?- dijo Juan, haciendo pucheros.

- Juan, ella ya es muy mayor, y a veces quiere ir con sus amigos y divertirse a su forma, con juegos diferentes, que te aburren. No te pongas triste por eso...

- Pero... ¡Pero yo no me "burro"!

- Sí, Juan, sí que te aburres. Y te asustas. ¿No te acuerdas cuando vas al cine por la noche, el miedo que te da la oscuridad?

Juan, al pensar en la oscuridad, donde vivían todos esos monstruos que le daban miedo, se calmó. A lo mejor había sido bueno que Sandra no le llevase. Sí, se iba a aburrir e iba a pasar miedo. ¡Qué lista era su hermana!

- "Bono"... es verdad. Me da "tuto". No voy...

- Claro, hijo- dijo Marisa, aliviada porque Juan se había tranquilizado- es mejor que te vayas a dormir, que cuando ella llegue te dará un beso, ¿vale?

- Vale.

Marisa acostó a su hijo y luego se fue a la cama, porque el incidente la había dado una fuerte jaqueca.

Cuando Juan se durmió, soñó que Sandra no volvía. Se despertó llorando, sobresaltado después de la pesadilla, y fue a la cama de su hermana, como siempre que dormía mal, para que le consolase. Cuando entró en la habitación y vio que la cama estaba intacta, se asustó. Miró el reloj, porque sabía un poquito, y vio la aguja cortita abajo del todo, en el seis, y se asustó. Mamá decía que eso por la noche era muy tarde. A lo mejor su pesadilla era verdad, y Sandra no volvía. Sin que mamá ni papá se enterasen, se vistió para ir a buscar a Sandra. Hacía poco que había aprendido a vestirse solo, pero se armó un pequeño lío con los zapatos y los cordones, que acabó metiéndose en las zapatillas para no tropezar, aunque le hacían daño. Al final, se puso un abrigo, aunque tardó en darse cuenta de que estaba al revés y ponérselo del derecho, y salió a la calle. Se sintió un poco perdido, y comenzó a andar. Quería ayudar a Sandra a volver a casa, pero no sabía dónde buscarla. Fue por todo el pueblo, sin perderse porque contaba las calles, como le había enseñado su hermana. Sin embargo, de repente perdió la cuenta y salió

a una calle que no conocía de nada. Aquella parte del pueblo estaba en obras, y nunca había estado por allí. Deambuló, confiando en que saldría a la plaza de un momento a otro, cuando oyó unos gemidos, y débiles gritos pidiendo ayuda. Convencido de que era su hermana, corrió hacia la voz, gritando:

- ¡Sandra, Sandra, te voy a “añudar” a volver a casa!

Sandra, porque era ella, sorprendida, alzó la cabeza y gritó:

- ¡Párate!- Juan se paró en seco, asustado –Juan, ¿eres tú?

- Sí, ¿Dónde “tas”?

- Me he caído en una raja del suelo, Juan- Sandra, huyendo de Sebi, que se la ligaba, había caído en una zanja del suelo que no había visto con la oscuridad, y se había torcido el tobillo. Sebi no sabía que estaba allí, porque ella se había callado, creyendo que podría salir cuando se hubiese ido. Sin embargo, al intentar salir, se dio cuenta de que se había torcido el tobillo y de que no llegaba al borde de la zanja, por lo que estaba encerrada.

- Como si no vas con cuidado te vas a caer, avanza paso a paso y párate cuando yo te diga.



Juan avanzó cautelosamente, y se paró en seco cuando Sandra gritó “¡Ya!”. Se arrodilló, y vio la gran zanja y a su hermana en el fondo, que gemía por el dolor del tobillo. Como era muy empático, se echó a llorar. Sandra, sobresaltada, gritó:

- No llores, Juan, casi no me duele. No te asustes, yo no tengo miedo. Venga, tranquilízate, me tienes que ayudar a salir de aquí.

Normalmente, se echaba a reír para contagiárselo a Juan, pero no estaba de humor. Sus amigos no la estaban buscando, se habrían creído que había vuelto a casa, le dolía mucho el tobillo y estaba asustadísima. Sin embargo, mostrarse tranquila surtió efecto. Juan se secó las lágrimas rápidamente, pensando que, si su hermana estaba bien, él tenía que ayudarla a salir, y dijo:

- Te “añudo”. ¿Qué hago?

- Tienes que ir a casa, Juan, a avisar a papá. Tienes que ir rápido, y volver con él, que me ayude a salir.

- No- Juan negó con la cabeza. En las pelis, el chico nunca se iba sin la chica, así que él tampoco- “Etás” mala, me quedo.

- No, Juan, tienes que pedir ayuda a papá. Por favor- Sandra se desesperó ¿y si Juan no se iba? A veces llegaba a ser muy testarudo.

- Yo te “añudo”, no te dejes sola. “Etás” mala- dijo Juan, tozudo.

- No, Juan, estoy bien, busca a papá, por favor, Juan, ve a buscar ayuda- Juan negó otra vez con la cabeza. Estaba claro que no se iba sin ella. Le dolía muchísimo el tobillo. ¿Cómo iba a ayudarla su hermano? Cada vez le dolía más el tobillo, pero él se negaba a irse. No sabía cómo hacerle comprender que tenía que irse. Entonces vio una cuerda a su lado, y le dijo a Juan que cogiese lo que le iba a tirar, y le lanzó la cuerda. Oyó un grito, y preguntó, asustadísima:

- ¿Qué ha pasado, Juan?

- ¡Me has tirado una serpiente!- Juan estaba asustadísimo, le daban pánico las serpientes, y la cuerda se parecía mucho.

- Juan, no, no es una serpiente- gritó Sandra para tranquilizarle- es una cuerda. Con eso me vas a ayudar a salir de aquí. De verdad, no es una serpiente. Cógela.

Sin embargo, Juan estaba muy asustado, y no se atrevía a acercarse a la cuerda. Sandra siguió gritando hasta que al fin, cuando empezaba a quedarse ronca, consiguió que Juan se acercase a la “serpiente” y comprobase que era una cuerda inofensiva. Con la cuerda firmemente agarrada y convencido tras muchas pruebas de que no era una serpiente, Juan volvió al borde del agujero y le preguntó a su hermana qué debía hacer.

Sandra, aliviada, le gritó que buscase algo que pesase mucho, que no se moviese. Juan buscó y buscó hasta que encontró una piedra que pesaba muchísimo, y se lo dijo a su hermana. Ella le indicó que atase un extremo a la piedra y tirase el otro. Tenía la intención de escalar para salir del agujero. Cuando se preparaba para subir, Juan le gritó que el nudo no estaba bien hecho. Ella le gritó instrucciones que él cumplió al pie de la letra de dónde meter y tirar de la cuerda para hacer nudos resistentes. Cuando estuvo segura de que Juan había hecho bien el nudo, se incorporó apoyada en la pared. Luego se ató la cuerda, muy resistente, como de plástico, a la cadera, y se agarró

para subir. Cuando dejó caer su peso en el pie apoyado en la pared y en la cuerda, esta cedió un poco, resbalándose hacia abajo. Sandra gritó y cayó en el suelo. Juan, asustadísimo, se arrodilló al borde de la zanja, y gritó con voz muy aguda:

- ¿Qué te pasa? ¿"Tas" bien?

- Sí- la verdad es que no estaba nada bien, porque estaba muy magullada por la caída, pero fingió para no preocupar a Juan. –Juan, la cuerda se ha movido y me he resbalado, así que tiene que estar mal atada. Comprueba que no puedes desatar los nudos.

Juan volvió tras un buen rato de comprobación exhaustiva y confirmó que los nudos estaban perfectamente hechos, y que eran muy resistentes. Sandra se desesperó. ¿Cuál sería la causa del deslizamiento de la cuerda? Entonces se le ocurrió que la piedra no fuese lo suficientemente pesada, y le gritó a Juan:

- Mira a ver si la piedra se ha movido.

Juan volvió, diciendo que sí que se había movido. Entonces su hermana le dijo que se sentase en la piedra y

que descargase todo su peso sobre ella, para que no se moviese. Juan corrió a hacerlo, y Sandra volvió a probar. Esta vez no tuvo problemas para escalar, pero, cuando su mano asomó por el borde para incorporarse, Juan gritó, y ella, creyendo que se levantaría, chilló rápidamente:

- ¡No te levantes, Juan, no te levantes, quédate como antes, no te muevas!

Su hermano obedeció a duras penas, e inmediatamente ella salió trabajosamente de la zanja, arrastrándose, intentando no tocar el suelo con su pie magullado. Cuando vio que su hermana estaba a salvo, Juan no pudo controlarse, y corrió hacia ella, horrorizado. Sandra estaba llena de barro, de la zanja, de sangre de los múltiples raspones y arañazos, y sollozaba suavemente con la cabeza agachada. Al ver la sangre, Juan chilló:

- ¡"Tás" hecho "dallo"! ¡"Tas" hecho una herida!

- No, no, Juan- murmuró Sandra para tranquilizarle- sólo son arañazos.

Intentó andar, pero le dolía mucho el pie, y se tambaleó. Juan la cogió rápidamente de la mano, y ella recuperó el

equilibrio. Estaba claro que necesitaba apoyo para llegar a casa, y le indicó a Juan:

- Cógeme de la cintura... así. Ahora yo me voy a apoyar en tu hombro para andar, porque tengo que ir a la pata coja, y tú tienes que sostenerme, ¿vale?

Juan asintió con la cabeza, y empezaron a andar. Le costaba moverse a saltos en ese terreno embarrado, pero con las indicaciones de Sandra pronto llegaron a la plaza descubriendo que no estaban muy lejos de casa. Cuando llegaron eran casi las ocho, y su madre estaba en la puerta, sacando las botellas de leche utilizada. Cuando les vio, corrió hacia ellos, gritando, horrorizada. Inmediatamente llevó a su hija al baño, donde la aseó, y luego a la cocina, donde estaba su padre, despertado por Juan. Sandra procedió a contar la historia. Cuando acabó, abrazó y besó a Juan, diciendo:

- Juan se ha portado como un héroe. Salió a buscarme, y aunque se perdió consiguió encontrarme. Luego, aunque le asustó la cuerda, me ayudó... ¡ES MI HERMANO PREFERIDO!

La manta mágica

Autora: Fernanda Carrillo Lafuente

Curso: 4° primaria

Colegio: Santa Helena

Localidad: Alcobendas

María era madre de tres hijos, al mayor le pusieron de nombre Juan, como su padre, al segundo le llamaron David que era el nombre de su abuelo, y al tercero le llamaron Ana, no fue porque se hubieran equivocado, sino porque después de dos varones, felizmente había nacido una niña. María y Juan adoraban a sus tres pequeños.

Un día Juan le dijo a su mujer que no ganaba suficiente

dinero para alimentarlos a todos y había decidido trabajar también por las noches y así poder darles todo lo necesario.

María se entristeció mucho pensando en el esfuerzo y falta de descanso que su marido iba a sufrir, quería ayudarlo pero no se le ocurría nada.

Una noche mientras esperaba a Juan se quedó dormida; en sueños vio a una bella mujer que le dijo:

- María, tú y tus hijos deberéis hilar la lana de unas ovejas que encontraréis en el prado, después teñir los ovillos con las mismas plantas que ellas comen, hacerle a Juan una manta con ello y por la noche deberéis taparle entre los cuatro porque si no la manta perderá su magia. Aunque duerma sólo unos instantes su sueño será tan profundo que no sentirá ningún cansancio. Vuestro amor le ayudará. Así lo hicieron y tejieron una maravillosa manta de colores tan suave y ligera como plumas de ave, y tan caliente como el fuego del hogar.

El día que la terminaron esperaron a que su padre volviera del trabajo, se acostó y le taparon entre los cuatro.

A las dos horas Juan se levantó para ir al trabajo, ni siquiera había amanecido y se sorprendió mucho al ver sentados alrededor de su cama a su mujer y a sus queridos hijos.

- ¿Qué pasa?- les preguntó.

Y ellos le dijeron:

- ¿Cómo has descansado con la manta que te hemos hecho?

- Maravillosamente, les contestó, parece como si hubiera dormido ocho horas, y además he tenido unos sueños preciosos. Me siento muy contento y con fuerzas de seguir adelante. Os quiero mucho a todos.

Se besaron y abrazaron muy felices.

Pero sucedió que unos hombres al ver a Juan tan fuerte y feliz decidieron ver qué había pasado. Una noche siguieron a Juan hasta su casa y vieron que, cuando su mujer y sus tres hijos le tapaban con una extraña manta, él caía inmediatamente en un profundo y tranquilo sueño.

Eso les causó una gran envidia, y una palabra rondaba por sus cabezas: ¡ROBARLA!



Los pobres hombres ya no podían dejar de pensar en la manta, y un día que la madre y los niños habían salido, entraron y se la llevaron.

Cuando la familia volvió a la casa se dieron cuenta de lo que había pasado, sin la manta sabían que su padre perdería la fuerza y la felicidad y se pondría enfermo. Estuvieron buscándola durante horas sin encontrarla.

Se hizo de noche y Juan volvió a casa, llorando le contaron lo que había pasado, él les consoló diciendo que seguramente no tardarían en encontrarla y que él podría aguantar sin dormir hasta entonces.

Pero pasaron los días y como la manta no aparecía decidieron hacer otra nueva.

Trabajaron sin descanso unidos por el amor y cuando por fin la tuvieron terminada taparon con ella a su padre que recuperó otra vez sus fuerzas. Al despertar lloraron juntos de alegría y decidieron que siempre estaría uno de ellos cuidando de la manta para no volverla a perder nunca más.

Así fue, pero los ladrones habían probado la manta sin

ningún resultado y pensaban en qué les faltaba para que funcionara con ellos su magia. Hasta que uno de ellos dijo:

- Si la manta por sí sola no vale, sólo puede ser porque la madre y sus hijos deben tocarla.

Una noche fueron con unos sacos a casa de Juan y metieron en ellos a María y a sus tres hijos y se los llevaron.

Cuando Juan volvió y encontró la casa vacía, casi se muere de pena al ver que le faltaba lo que más quería en el mundo: su mujer y sus hijos.

Salió a buscarlos pero no los encontró, y apoyado en un árbol, llorando desesperado se quedó dormido, se le apareció la bella señora que le dijo:

- Juan, no sufras, descose la manta que tienes en casa y tira sus ovillos al viento, y tu familia regresará.

Despertó Juan y fue a hacer lo que había soñado, trabajó sin descanso para descoser la manta, y cuando tuvo todos los hilos sueltos los lanzó al aire y volando, desaparecieron.

Mientras tanto, los ladrones seguían sin haber podido dormir. Sus sueños eran terribles pesadillas y cada vez

estaban más cansados y enfermos, se dieron cuenta de su mala acción, y con lágrimas en los ojos, pidieron perdón a los niños y a su madre, les devolvieron la manta junto con mucho dinero que tenían guardado, y les dejaron marcharse.

Y así volvieron a casa, felices al estar juntos de nuevo y con dinero suficiente, para que Juan no tuviera que trabajar tanto. Guardaron la manta en un armario y allí se quedó para siempre recordando a todos el amor que aquella familia se tenía.

A mi abuela Teresa

Autor: Agustín San Martín Ruiz

Curso: 5º primaria

Colegio: Patrocinio de María

Localidad: Madrid

Yo me llamo Agustín, tengo 11 años y vivo con mi abuela Teresa.

Estoy haciendo 5º de primaria y estoy en el cole: hablo mucho, me muevo sin parar, incordio a mis compañeros... etc. ¡Pongo nerviosísimos a mis profesores! Pero en el fondo, no soy mala persona, me lo dice la señorita de Lengua.



Vosotros diréis: ¿Por qué nos cuentas todo esto?

¡Tranquilos! me explico; por circunstancias que no quiero contar porque me ponen muy triste, vivo solo con mi abuela Teresa, mis primos y mis tíos (no tengo padres ni hermanos). Por lo tanto , mi abuela es “TODO” para mí, es mi hada madrina y le voy a dedicar esta poesía:

A MI ABUELA TERESA

Te quiero mucho abuela Teresa,
eres la mujer más buena del mundo,
eres “TODO” para mí,
me quieres, me ayudas, me besas...

Yo, la verdad, te enfado mucho.

Y no me porto bien, pero... ¡no sé cómo hacerlo!

Sólo sé que te daría la luna, el sol y cien millones de euros...
y te nombraría “Heroína universal” porque ayudarme a mí...
¡TIENE TELA!

Mi estrella

Autor: Jorge Clinton Ularte Ugalde

Curso: 6º primaria

Colegio: Patrocinio de María

Localidad: Madrid

Érase una vez unos papás que se llamaban: Jorge y Norma, eran filipinos y vinieron a Madrid, buscando una vida mejor.

He dicho papás porque tuvieron un hijo que soy yo, al que llamaron Clinton. Los tres vivían felices, mamá siempre me cuenta lo contento que estaba mi padre conmigo y las carantoñas que me hacía, dice mamá: “Te comía a besos”.



Un día, Clinton dormía tranquilo en su cunita, cuando una vela encendida prendió las cortinas cercanas. Dice mi madre que el fuego se extendió por todo el piso rápidamente, los vecinos avisaron a los bomberos y mientras éstos acudieron, mi padre sacó, como pudo, a mi madre y a mí.

Me cuesta contar lo peor: no se sabe si fue por la cantidad de humo inhalado o por un ataque al corazón, papá cayó desplomado al suelo y nunca más se levantó... murió.

Hoy soy mayor, tengo doce años y vivo con mi madre pero, tú papá, siempre serás el mejor héroe del mundo, eres mi orgullo y la estrella protectora que más brilla en el cielo, pero ¡te echo mucho de menos!

A veces me siento solo y tengo miedo... levanto la cabeza y te busco en el firmamento.

P.D. Quería hacer un cuento, pero no lo es, es la historia de mi vida.

Marcela y el monstruo hipoteca

Autor: Cristian Vergara Guevara

Curso: 5º primaria

Colegio: Patrocinio de María

Localidad: Madrid

Érase una vez, en un país lejano, una reina muy guapa y muy buena que se llamaba Marcela y que vivía con su único hijo, el príncipe Camilo.

Marcela siempre tuvo la ilusión de comprar un palacio para vivir felizmente con su hijo, como corresponde a los personajes reales.

Dijo la reina: “Mi pequeño, he decidido arriesgar todos mis



bienes para comprar el palacio que te prometí”. Camilo dio a su madre todos los ahorros que guardaba en su huchacerdito. Ambos estaban muy contentos y se las prometían felices, cuando una noche oscura apareció... el Monstruo Hipoteca, grandísimo, feroz y echando chispas horribles. “Yo sé cómo calmarlo” –dijo la reina.

¿Cómo mamá?

Llenando su boca de billetes de 500 euros, pero sólo tengo uno. Bueno, trabajaré de 9:00 a 18:00 en una empresa y de 19:00 a 22:00, cuidaré un anciano.

“Pero, mamá, tú eres una reina” –dijo el príncipe.

“Ya lo sé, soy una reina un poco rara, de las que trabajan en una peluquería, no hay muchas, pero existen. Tú, hijo mío también tendrás que trabajar” –dijo la reina.

“Pero mamá, si tú eres reina, yo soy príncipe y ¿tendré que trabajar?”

“Bueno, colaborarás en el palacio, te harás la cama, comprarás el pan, harás los deberes tú solo y ... lo peor viene ahora: mientras este monstruo nos amenace, tú y yo no podremos vernos nada más que por la noche, pero tú,

mi príncipe, sabes que te quiero mucho y en mis trabajos pensaré en ti y en nuestro palacio de 40 m²".

Pasaron los días, meses, años, el monstruo venía noche tras noche, echando humo y amenazando a nuestros protagonistas, pero le daban "con los euros en las narices" y se burlaban de él.

Un buen día, ¡Tachín!... Los cuentos deben tener su final feliz: el monstruo se desintegró, explotó y voló por los aires: el colesterol que contienen los billetes causó su muerte. ¡Qué glotón!

Nuestra reina Marcela y su hijo Camilo vivieron juntitos y felices en su palacio y cuando recuerdan al monstruo, primero se asustan y luego se ríen.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

P.D.: Camilo soy yo, un chico de 5^a de E.P. y Marcela es mamá. De palacio nada, un pisito de 40 m² y un detalle: mamá, mi heroína, sigue peleando con el monstruo, pero vosotros queráis un cuento ¿no?, pues ahí lo tenéis.

La madre electrodoméstica

Autora: Alba María Muñoz Giménez

Curso: 4º primaria

Colegio: Santa Helena

Localidad: Alcobendas

Érase una vez una familia normal que vivía en un pueblo normal y en una casa normal. Todo era normal hasta que... la niña pequeña llamada Inés decidió no ayudar. Se pasaba el día entero jugando y desordenado las cosas, manchando y rompiendo los juguetes. Ya no se podía pasar a su habitación, pero lo peor estaba por llegar porque el padre también decidió no ayudar. Se pasaba



horas viendo la televisión tumbado en el sofá. ¡¡Y qué locura!! La niña mayor llamada Nora tampoco ayudaba ¡¡Qué horror!! Ya no era una familia normal que vivía en un pueblo normal y en una casa normal. Era una familia de locos en una casa de locos. La madre iba y venía, subía y bajaba, barría y fregaba, lavaba y planchaba... Y un día de pronto dejaron de ver a mamá. Entraban en la habitación y mamá no era mamá, era una aspiradora que aspiraba sola, cuando entraban en el lavadero no era mamá la que estaba lavando, no, era una lavadora. ¡¡Y qué sorpresa!! La fregona fregaba sola y el cepillo barría solo. ¡Oh, qué pena, no tenían mamá, no, tenían electrodomésticos que funcionaban solos! ¿Qué podían hacer ahora que no tenían mamá?

De repente, el papá llamado Gonzalo reunió a Inés y a Nora y les dijo:

-No podemos estar más tiempo sin mamá. ¡¡Tenemos que ayudarla!!

Se pusieron manos a la obra. Uno planchaba, otro lavaba y otro limpiaba y fregaba. De repente mamá por arte de

magia apareció. Y mamá volvió a abrazar, a dar besos, a jugar porque ya tenía tiempo.

Y vivieron felices por siempre jamás.

TODOS TENEMOS QUE AYUDAR EN CASA PORQUE
TODOS VIVIMOS EN ELLA.

La familia de conejos y el zorro

Nombre: Carlota Huertas González

Clase: 5º A

Colegio: Cristo Rey

Localidad: Madrid

Érase una vez una familia de conejos cuyos nombres eran:

Padre: Conejo Hortelano porque tenía una huerta y vendía todo muy barato.

Madre: Coneja Limpiadora, porque siempre tenía un cubo y una fregona.

Hijo Mayor: Conejito Listo, porque todo lo había visto.

Hijo Mediano: Conejito Gruñón, porque se enfadaba por

todo un montón.

Hijo Menor: Conejito Chiquitito, porque era el más cariñoso y pequeñito.

La historia comienza cuando un día la mamá Coneja fue a comprar al supermercado TRONCO ZANAHORIA, con sus tres conejitos.

- Hijos, quedaos aquí jugando mientras yo hago la compra, no os vayáis a ningún lado. Esperadme aquí fuera. – les dijo la madre.

- Vale mamá – contestaron los hijos.

Mientras mamá Coneja hacía la compra en TRONCO ZANAHORIA, los conejitos jugaban a los exploradores. Pero Conejito Chiquitito se metió en un tronco hueco que había para explorarlo, cuando de repente salió corriendo y gritando todo asustado el nombre de sus hermanos:

- ¡Listo!, ¡Gruñón!, ¡Listo!, ¡Gruñón! – gritaba el pequeño conejo asustado. ¡Corred, venid, mirad!

Los hermanos fueron corriendo y muy asustados pensando que le había pasado algo.

-¿Qué te pasa? –le preguntó Listo.

- Pues que he encontrado una cosa y no sé qué es, - contestó el pequeño conejo.

- ¿Para eso nos llamas? –le dijo Gruñón muy enfadado.

Los tres conejitos estaban muy asustados, pero Listo que era el mayor se metió dentro del tronco para ver qué había dentro. Cuando salió dijo:

- No os asustéis, es un pequeño zorrillo inofensivo que está perdido.

Mamá Coneja salió del supermercado y llamó a los conejitos:

- Hijos ¿qué hacéis?, ¿dónde estáis?

- ¡Mamá, mamá!, ven mira. Hemos encontrado un zorrillo que está perdido –dijo Gruñón.

- ¿Nos lo podemos llevar a vivir con nosotros? –dijeron los tres a la vez.

- ¡Vale!, pero con una condición -dijo la madre-. Que lo cuidéis como si fuera vuestro hermano.

- ¡Bien! ¡bien! –contestaron todos muy alegres.

Así que se fueron todos a casa donde le prepararon una cama donde dormir. Pasaban los días y Zorrillo se fue



adaptando a vivir con su nueva familia y sus nuevas costumbres.

Con el paso del tiempo los padres conejos veían que los dos hijos mayores tenían celos de Zorrito, y no le prestaban tanta atención como antes, ni siquiera a su hermano pequeño Conejito, que se pasaba los días enteros jugando con Zorrito.

Un día los padres decidieron ir a pasar el día junto al río, y así pasar más tiempo todos juntos. Pero era imposible, Zorrito y Chiquitito siempre jugaban juntos, pues los conejitos mayores siempre estaban molestándoles en sus juegos, así que se enfadaron y se fueron juntos muy lejos para jugar ellos a gusto.

Pero llegó la hora de irse a casa y no supieron volver. Los padres y los hermanos mayores estaban desesperados buscándoles, y se tuvieron que ir a casa porque se hacía de noche y no encontraron a los pequeños.

Pasaron varios días toda la familia estaba muy triste. Sobre todo Listo y Gruñón, pues pensaban que ellos eran los culpables de que los pequeños se hubieran perdido,

por su mal comportamiento.

Todos los días rezaban para que no les pasase nada. Pasaron tres semanas en la que los conejitos se sentaban delante de la puerta de su casa esperando ver a lo lejos aparecer a sus hermanos. Y de repente, un día apareció Chiquitito.

Se pusieron todos muy contentos. Pero Chiquitito aunque se alegró de volver a casa se pasaba los días muy triste, porque se acordaba de lo mal que lo pasó mientras estaba perdido, y no podía dejar de acordarse de Zorrito.

Los conejitos mayores como veían tan triste a sus padres y a Chiquitito, y pensaban que todo era por culpa de ellos, decidieron salir todos los días mientras hubiese luz solar a buscar a Zorrito con la esperanza de encontrarlo algún día. Un día cuando volvían a casa, triste y desconsolados, pues pensaban que no le volverían a ver y que ya nunca más sería igual que antes, oyeron a lo lejos una pequeña voz que les decía:

- ¡Hermanos! ¡Hermanos! –era la voz de Zorrito.

Se volvieron y vieron acercarse corriendo a Zorrito.

Nunca habían sentido una alegría tan grande como ese día. Le abrazaron como nunca, y le pidieron perdón por todo el daño que le habían hecho.

- No os preocupéis. Estáis perdonados. Con estos abrazos y la alegría que he visto en vuestras caras cuando me habéis visto, he descubierto que me queréis de verdad.

-les dijo Zorrito.

Volvieron todos juntos a casa, y la alegría fue enorme por la vuelta de Zorrito.

Todos comprendieron que, aunque entre hermanos a veces haya pequeños celos y enfados, no sabemos estar los unos sin los otros, porque somos una familia y nos queremos. Y eso es lo que cuenta, ¿no?

El héroe es un desgraciado

Autores: Pablo Carrasco y Alejandro Piqueras

Curso: 4º primaria

Colegio: Trinity College Liceo Serrano

Localidad: Boadilla del Monte

Había una vez un héroe que era desgraciado porque cada vez que le pedían ayuda, llegaba tarde porque tenía que vestirse de superhéroe, y llegaba unos siete minutos tarde. Y al final llegó un ladrón de diamantes y cuando llegó el superhéroe ya había robado todos los diamantes y collares y todos le ignoraron. Entonces tuvo que dejarle el puesto de superhéroe a un señor muy listo que le gustaba mucho.

El superhéroe se fue muy triste y tuvo que ser... mecánico.

A los siete días de estar trabajando no lo aguantó más y se fue al despacho del director a que fuera a pedirle el disfraz de boda. Pasaron los días y no se lo traían y cuando se lo trajo ya era casi la hora de casarse. El superhéroe se vistió rapidísimo y llegó cuando la novia ya casi estaba en el altar. Cuando se casaron se fueron a la casa del superhéroe a hacer el trabajo que le quedaba por realizar. Al día siguiente, el superhéroe no sabía que su novia estaba en su casa y como todas las mañanas hacía, se puso a hacer el bruto.

La novia se despertó por el ruido que había y se fue a la habitación del superhéroe desgraciado. Y le vio colgado en su lámpara haciendo el mono. Cuando la vio, se bajó y se hizo daño con una chincheta que le había puesto la novia porque le parecía tan gordo y tan bruto que no se fiaba de él. Después bajaron a desayunar. El superhéroe desgraciado se cogió casi todo lo que había en la nevera, y se lo empezó a comer.

La novia, llamada Lucía, le vio como comía y casi se desmaya.

Se comió un pollo asado para desayunar con patatas fritas y una hamburguesa. La novia sólo tomó un cafecito caliente.

El superhéroe desgraciado empezó a ver qué poco comía. Y cada día, a la hora de desayunar empezó a tomar poca cantidad de comida. Y el superhéroe desgraciado se puso malo. Tendría que empezar a comer más. Pero quería ser como su novia Lucía y como toda la gente normal, y la gente normal no hacía ni comía como lo hacía el superhéroe desgraciado. Al día siguiente estaba un poco mejor. Todavía con fiebre y lo peor de todo era que no quería tomar ninguna medicina porque nadie había venido a preguntarle ni cómo se encontraba ni qué le había pasado para tener que estar así de enfermo. Y al final tuvo que ir a la farmacia que estaba a cinco kilómetros desde su casa con el coche. Compró dos Proginova de un miligramo y tres Dalsys para que le bajara la fiebre. Se fue a su casa y se le olvidó pagar el precio de las medicinas que



en total valían cuarenta y nueve euros con noventa y nueve céntimos.

Llegó la novia llamada Lucía y su apellido era Martínez con todas las medicinas con el precio bien grande en el cartón. La novia no quería contarle a su marido, el héroe desgraciado que no había pagado el precio que era cuarenta y nueve euros con noventa y nueve céntimos. Así que decidió guardarlo en secreto.

A la noche, el superhéroe desgraciado vio un señor entrando por la puerta de su casa. Se levantó para sacarle fuera pero le empezó a doler la mano derecha. Y como él era zurdo no le importaba mucho. Se acercó sigilosamente y silenciosamente al ladrón. Los ojos del superhéroe desgraciado se quedaron en la luz. Y vio que el ladrón estaba hecho una fiera de gordo y bajito. El superhéroe desgraciado sintió mucho miedo pero no cedió.

Se puso delante de él y le dijo que se marchara. El ladrón sería gordo y bajo pero no le gustaba luchar porque no era nada fuerte. Salió corriendo de la casa del superhéroe desgraciado y el superhéroe desgraciado se fue a dormir a

su cama para ver si se le pasaba el dolor de la mano derecha.

Al día siguiente se encontraba muy bien y pensaba que Dios le había dado un milagro por lo bien que lo hizo anoche.

Su novia llamada Lucía Martínez le dijo que ya estaba muy bien y decidió no ponerle el termómetro más. El superhéroe desgraciado se fue volando al despacho del director.

El superhéroe desgraciado intentó convencerle de que le devolviera su traje y para convencerle explicó lo sucedido y le dejó otra vez el puesto de superhéroe.

El superhéroe desgraciado pegó en todas las farolas su foto para que le llamara toda la gente que podría estar en peligro. La gente llamaba al superhéroe y venía muy rápido y le sacaba del peligro. Así el superhéroe desgraciado fue muy feliz.

Mi abuelo, “el Caballero de las Alas”

**Autora: Alba Nerea Gómez-Calcerrada
García-Navas**

Curso: 3º primaria

Colegio: Torrente Ballester

Localidad: Parla

Eduardo, el padre de Jaime y de Lara, metía las últimas maletas en aquel maletero que parecía que iba a reventar de un momento a otro.

Jaime y Lara estaban muy contentos, habían alquilado una casita en la montaña.

Pasarían todo un mes con sus abuelos Isaac y Elena, padres de Rita, su madre.

Después de un viaje largo llegaron a su lugar de vacaciones. Nada más bajar vieron a la abuela con los brazos abiertos.

El abuelo saludaba desde la entrada.

Todos entraron en la casa. Elena les había preparado unos bocadillos y una jarra de limonada bien fría. Juntos merendaron y descansaron.

Al anochecer los niños se sentaron fuera con el abuelo.

Isaac el abuelo se sabía muchas historias y se puso a contarles una que decía que la vivió él cuando era joven.

- ¿Veis aquella colina?

- Si – contestaron.

- En aquella colina vivía un indio que hablaba con las águilas, por eso le llamaban Águila Blanca.

Águila Blanca tuvo que bajar un día para buscar provisiones y atravesó un río, en un descuido resbaló y cayó al agua.

Gritó pero nadie podía ayudarle, estaba solo.

De repente aparecieron dos águilas y se pararon cerca de él.

- Nosotras podemos sacarte, te ayudaremos a cambio de algo- le dijeron.

- ¡De lo que queráis! – contestó apurado.

- Nos darás a tu hija Blanca Estrella.

Estuvo a punto de decirles que no, pero quería salvarse.

- ¡Si, os la daré!

Le engancharon con sus garras y le dejaron en lo alto de la colina.

Las águilas no olvidaron la promesa del indio y fueron para llevarse a su hija.

El indio luchó, pero poco podía hacer.

De repente pareció un caballero con enormes alas blancas y espada de fuego montado en un caballo.

Golpeó a las águilas que huyeron malheridas soltando a la chica.

Águila Blanca abrazó agradecido a aquel Superhéroe que bajó de entre las nubes. Éste se montó en su caballo y desapareció.

La historia terminó pero... ¿qué tenía que ver el abuelo con ella?



Al levantarse de la mecedora, de la chaqueta del abuelo volaron dos plumas blancas. Jaime y Lara se miraron asombrados. ¿Sería Isaac, su abuelo, el Caballero de la Alas?

Un héroe en mi familia


Nueve relatos escritos por niñas y niños que nos hacen pensar en la importancia de sentirnos en familia

¿Necesita más información?



Dirección General de la Familia y el Menor
C/ Gran Vía, 14
28013 MADRID

www.madrid.org/familia

 91 580 34 64

 dgfm@madrid.org



Comunidad de Madrid

CONSEJERÍA DE POLÍTICAS SOCIALES Y FAMILIA

Dirección General de la Familia y el Menor

cuéntame un poco